

## BOSQUEJO DE LAS NOVELISTAS CHILENAS

---

Es TAREA un tanto ingrata bosquejar, desde su iniciación hasta la fecha, la labor novelesca realizada por nuestras escritoras. Las primeras creadoras de personajes ya sólo son nombres sepultados en los anaqueles de las bibliotecas. Nuestras historias de literatura chilena, los ensayos y panoramas de nuestra vida intelectual no mencionan siquiera los nombres de las mujeres que se dieron a conocer como novelistas. No hay antecedentes sobre su participación en el género novelesco. ¿Olvido o desinterés?

El aporte inicial de nuestras escritoras como novelistas aparece en la segunda mitad del siglo XIX. Considerando el desenvolvimiento espiritual de la época, vemos que las primeras obras son resultado de un ambiente limitado, sin el desarrollo intelectual propicio al cultivo de las letras. Asombra desde luego que para ser escritora era menester entablar una lucha frente a las costumbres de una sociedad todavía envuelta en sombría atmósfera colonial. Son pues estas novelistas un signo de vocación intelectual, de respetable y plausible decisión ante la vida social en esos años en que a la mujer se le vedaba participar en la actividad literaria.

Tomar frente a ellas una actitud acusadora de sus defectos o encomiar sus cualidades o ser jueces de su capacidad intelectual no es nuestro propósito. Más bien expondremos su desenvolvimiento en un somero esbozo.

La producción femenina del género novelesco es iniciada por una poetisa de gran prestigio en su época, doña Rosario Orrego de Uribe, que comenzó publicando sus composiciones con el seudónimo de *Una Madre* e igualmente suscribió su novela *Alberto el Jugador* que apareció primero en la *Revista del Pacífico* en 1860 y al año siguiente en un volumen con presentación de Ricardo Palma. Esta novela, que es sobre todo de carácter moralizador, destaca constantemente el

vicio del juego y los males que trae consigo, "tan fatal para la felicidad doméstica como funesto para la organización social" como dice el prologuista.

En 1873 Rosario Orrego funda la *Revista de Valparaíso*, y da a conocer, desde el primer número, su segunda novela *Los Busca-Vida*, hasta el Capítulo Décimo, quedando inédita la última parte. Describe la zona atacameña presentando costumbres y tradiciones mineras, y el afán de algunos santiaguinos por atrapar fortuna. Hay mayor fluidez estilística y mayor destreza para caracterizar los personajes. Es una lástima que no se haya publicado íntegramente. A su pluma se debe una tercera novela corta, *Teresa*, que más bien se podría considerar como un cuento largo, publicada en su propia revista en el número 17, de 1874. Es un episodio de la época de la Independencia. No tiene las proporciones y características de sus dos obras primeras.

Transcurren más de treinta años sin que surja otro nombre de mujer cultivando la novela. En 1892 circula la segunda edición de *Rosa de Abril*, por Lodaisca Maapaká, seudónimo que corresponde a Celeste Lassabe de Cruz Coke. Esta dama fue directora de la revista *La Familia*, donde publicó por primera vez como folletín su única novela *Rosa de Abril* desde el Nº 38, de 1891. En ella se describen primordialmente los sentimientos de dos enamorados, y luego los de otros personajes que se entrecruzan por sus almas. Amor e ilusiones, abnegación y amargura. Tanto el escenario como los diálogos se exponen con desenvoltura, con claridad, sin dificultades de lenguaje. La trama se desenvuelve con amenidad.

Vienen nuevos años de espera para encontrar otro nombre de mujer entregada a la labor novelesca. Después de diecisiete años de ver la luz *Rosa de Abril*, Mariana Cox-Stuven publica dos obras en 1909: *Un Remordimiento* y *La Vida Intima de Marie Goetz*. La primera, considerada por la autora como "recuerdos de juventud", describe paisajes del sur, y los diálogos con un ingeniero de frío escepticismo. A través de la obra se vislumbra un espíritu atormentado e inquieto. Hay disquisiciones teológicas y filosóficas. La segunda novela esboza la ciudad de Punta Arenas, con algunos personajes muy desfigurados y sin calor humano. Marie Goetz, la heroína central, no aparece con el realismo que se espera; es una figura sin contornos definidos, y sólo su espíritu aparece extrañamente deprimido. La prosa de Shade—seudónimo que usó para sus artículos sobre música, literatura y arte— es armoniosa, de relieve poemático, muy de acuerdo con su fina sensibilidad y espíritu delicado y culto.

En 1914 tenemos la novedad de ver una novela en francés y publicada en París, *Entre Deux Mondes*, por Inés Bello, nombre que ocul-

ta a Inés Echeverría de Larraín. En esta obra se alternan descripciones de Italia —especialmente de Roma— con hábiles y extensas observaciones filosóficas y místicas. La prosa es liviana y delicada. Los diálogos son escasos. Anteriormente había publicado varios libros con el seudónimo de Iris que ya era bastante conocido por sus numerosos artículos en diarios y revistas. En 1930 inicia la edición de *Alborada*, extensa obra dividida en tres series: Cuando Mi Tierra Nació, Cuando Mi Tierra Era Niña y Cuando Mi Tierra Fue Moza, imprimiéndose el sexto volumen en 1946. Novela de carácter histórico donde se analizan los momentos culminantes de la vida política y social de nuestro país, desde el período de la Independencia hasta 1920. Aparecen numerosos personajes de diferentes clases sociales. Iris en esta obra da muestras de su extraordinaria capacidad creadora, de su talento y sagacidad de escritora prominente.

En 1915, con el seudónimo Delie Rouge, Delia Rojas Garcés entrega a los lectores *Helena*, "novela psicológica", y lo singular es que hay en ella un material en pro del divorcio, en tal forma abundante, que llegar a ser lo fundamental de la obra. La trama se desenvuelve con lentitud, los personajes aparecen sin realismo. En una nueva novela aparecida en 1922, *Los Fracasados*, la vemos insistir en sus argumentos sobre las bondades del divorcio en los matrimonios desavenidos. Su tesis la plantea ahora con mayor técnica novelesca. Los protagonistas poseen una fisonomía más real. Su tercera novela, *Magda Aguilar*, 1931, supera las anteriores. La urdimbre está presentada con animosidad. Es un matrimonio herido por el adulterio, en que la mujer debe sobrellevar toda suerte de humillaciones por el abandono del marido. Durante la acción no aparecen, como en las anteriores obras, disquisiciones sociológicas en favor del divorcio.

Llama la atención en la cronología de la novela femenina chilena el hecho de que en el año 1916 aparecen cinco nuevos nombres. Ordenados alfabéticamente nos encontramos con Lucía del Campo de Barcellos con su obra *Memorias Primaverales*, escrita en forma de "diario íntimo", revelándose como una prosita de grandes condiciones. En ella narra su noviazgo, matrimonio e intimidades, viajes de recién casados por el Perú y Bolivia, y por último el regreso a Valparaíso. Lucía del Campo continuó su labor novelística publicando cuatro obras más: *Alma Mística*, 1922, con un comentario de Jacinto Benavente y prólogo de Eduardo Marquina; *La Sonámbula*, 1923, con carta prólogo de S. y J. Alvarez Quintero; *El Magno Amor*, 1925, prologada por Gabriel D'Annunzio; y *El Fin de la Dinastía Rusa*, 1930, con prólogo de Máximo Gorki. Estas cuatro novelas demuestran la laboriosidad de una escritora que fue superándose hasta lograr un

dominio de la técnica y un perfeccionamiento estilístico nada común. Los escenarios y la presentación de los protagonistas, ya sean de carácter real o histórico, están descritos con refinada y vigorosa prosa.

La segunda novelista aparecida en 1916 es Aura, seudónimo con el cual publicó sus dos novelas Laura Jorquera: *En Busca de un Ideal*, y *Tierras Rojas*, 1917. La primera fue premiada en un Concurso abierto por el Consejo Superior de Letras, y la segunda en el Concurso Literario "Elena Ortúzar de Elguín". Ambas revelan sencillez estilística, diálogos bien llevados. La acción se desarrolla con espontaneidad. Creemos que es una autora injustamente olvidada.

La tercera novelista del año 1916 es Amanda Labarca Hubertson por su narración *En Tierras Extrañas*, donde vemos algunos chilenos que viven en Nueva York. La trama es llevada con acierto, las escenas se suceden con agilidad, los diálogos son animados. Las aventuras de algunos tipos están relatadas con realismo. Lástima que la autora no haya continuado en su labor novelística pues posee grandes condiciones de narradora.

La cuarta novelista aparecida en 1916 es Elvira Santa Cruz Ossa con su *Flor Silvestre*, que ya lleva tres ediciones. El argumento se desarrolla en el campo y en la ciudad. Novela de costumbres, clase alta y media. Un conflicto de amor narrado con sencillez y agradable naturalidad. Con el seudónimo de Raviel publicó además *Takunga*, 1943, y *Herne el Cazador*, 1946, dos simpáticas narraciones escritas especialmente para los niños.

La quinta novelista de 1916 es Esmeralda Zenteno de León, más conocida como Vera Zouroff por el seudónimo con que suscribe sus obras e innumerables artículos. Es autora de tres novelas: *Martha, ¡Liberación!*, 1919; y *El Otro Camino*, 1944. Cada una de ellas fue un éxito tanto por la sencillez de la prosa como por la naturalidad con que se desenvuelve la trama. Ha conquistado un buen número de lectoras que la felicitan y admiran sin reserva.

El año 1917 es otra fecha que llama la atención por el hecho de presentarse al público tres nuevas narradoras: Mercedes Astenia Cid Baeza que con su novela *Lucrecia Durney* pinta la vida sentimental de un grupo de jóvenes del sur. Hay algunas descripciones de la naturaleza. Los personajes femeninos están trazados con habilidad psicológica. Hay observación en ciertas reacciones sentimentales. Termina el argumento con el suicidio de la heroína.

La segunda novelista de 1917 es Trinidad Concha Garmendia que publica *En Silencio*, con el seudónimo de Gimena del Valle. Es una obra sin resonancia.

La tercera novelista aparecida en 1917 es Serafia con su narración

*Cosas que Fueron*, que en 1929 reaparece, con su propio nombre María M. Vial de Ugarte, entregando a los lectores *Amor que no Muere*. Ambas obras tienen el mérito de estar escritas sin pretensiones. Hay escenas bien trazadas, pero falta la hondura y el realismo para vivificar los protagonistas.

En 1918 se dan a conocer dos nuevas autoras que se ocultan bajo seudónimo. Danielle Val D'Or, que corresponde a Clelia Provasoli. No demuestra en su novela *Cine...* madurez ni técnica literaria. En cambio Araucana, nombre con que publica Julia Sáez, vemos más corrección en el lenguaje literario y que construye moderadamente la trayectoria del argumento de sus dos novelas *Magda* y *Alma de Otros Mundos*, 1924. Hay en ambos libros espíritu de observación, y cierta facilidad para destacar algunas reacciones sentimentales.

Teresa Urbina Venegas en 1920 entrega al público *El Poder de la Dulzura*, donde describe la vida y costumbres de un pueblo del sur.

Llegamos a 1923 y experimentamos una agradable sorpresa. Después de la lectura de tantas obras sin relieve, sin plenitud técnica ni estilística, nos encontramos con una novela que satisface ampliamente: *Montaña Adentro*, por Marta Brunet. La intriga se desenvuelve con equilibrio y emotividad, el escenario se diseña con vigor, los personajes se mueven con humano realismo. Es la primera novela que marca una nueva etapa de la prosa femenina chilena. Brunet ha continuado su labor novelística. Hasta la fecha lleva publicadas: *Bestia Dañina*, 1926; *Bienvenido*, 1929; *María Rosa*, *Flor del Quillen*, 1929; *Humo hacia el Sur*, 1946; *La Mampara*, 1946; *María Nadie*, 1957, obras que le han dado un merecido prestigio dentro y fuera del país.

Sin lograr el perfeccionamiento retórico de Marta Brunet, se da a conocer sin mayor trascendencia Clarisa Polanco de Hoffmann, con prólogo de Omer Emeth. La novela lleva por título *Miette*, 1928; y no llama la atención a pesar de estar escrita con pulcritud.

Letizia Repetto Baeza publica dos obras sin brillo, que carecen de solidez y agudeza literaria: *La Voz Infinita*, 1928; y *La Estrella Lejana*, 1934. Por otra parte, María Luisa Fernández de García Huidobro nada agrega de nuevo con las 300 y tantas páginas de *La María del Carmen*, 1930.

Como en el caso de Marta Brunet que superó visiblemente a las escritoras anteriores, tenemos ahora en 1932 a Magdalena Petit, que obtuvo el primer premio en un Concurso de Novelas auspiciado por *La Nación*. La biografía novelada *La Quintrala* demostró las excelentes cualidades de su prosa, su fina sensibilidad y brillante imaginación. Sabe la autora hacer vivir a la heroína. Igual ocurre con su segunda biografía novelada de don Diego Portales, 1937, que reúne las ejem-

plares características de su primera obra. Vemos actuar al hombre y al político con fidelidad histórica. Ha publicado además *Caleuche*, 1946; *Un Hombre en el Universo*, 1951, y *El Patriota Manuel Rodríguez*, 1951.

Es de sumo agrado constatar que una nueva novelista de relieve aparece en 1933, al publicarse *El Abrazo de la Tierra*, por Mari Yan. La descripción de la naturaleza es sutil, los personajes dibujados diestramente, las escenas vivas, reales. Luego viene *Mundo en Sombra*, 1935, donde traza la psicología del hombre urbano. Vuelve a enfocar la vida campesina en *Espejo sin Imagen*, 1936, que es un poema por la calidad de su prosa. *Las Cenizas*, 1942, y *La Piedra*, 1952, ésta última suscrita con su propio nombre María Flora Yáñez. Estas últimas dos obras logran una intensidad descriptiva y un ahondamiento psicológico singulares. La autora ocupa un lugar destacado en las letras nacionales. Además de su labor novelesca ha dado a luz dos volúmenes de cuentos y una autobiografía de la infancia.

Sin muchas pretensiones de escritora, María Teresa da a conocer una novelita corta *Nosotros Dos*, 1933, y dos años después, *Hijos del Alma*, donde demuestra mayor habilidad para presentar los personajes. Suscribiendo con su propio nombre María Teresa Budge de Escobar, entrega al público *Nuestras Sombras*, 1940, más tierna y emocionada que las anteriores.

*Dorila, la Perla de un Cabaret*, 1934, por Berta Fernández de Eliz, no posee los dones que caracterizan la obra lograda ampliamente.

Pepita Turina publica en 1934 *Un Drama de Almas*, y luego *Zona Intima: la Soltería*, 1941. Las escenas bien delineadas, los estados de alma están presentados con fina penetración.

Aparece Luz Basterrica de Dávila publicando con el seudónimo *Nieves de Mont Blanc*, una novela *La Risa del Destino*, 1935, que no llama la atención ni por la forma de su estilo ni por el fondo de la trama. Igualmente ocurre con Lucía Pincheira, que da a conocer *Juventud Varada*, 1936, sin lucimiento alguno.

Muy pocas escritoras han obtenido el prestigio y la resonancia de María Luisa Bombal con la publicación de su primera obra. Bastó *La Última Niebla*, 1935, 2ª ed., 1941, para que fuera señalada como una novelista de sobresalientes méritos. Luego apareció *La Amortajada*, 1938, 2ª ed., 1941, que la crítica consideró como otra revelación tanto por la originalidad del argumento como por la alcurnia de su estilo. En ambas obras presenta novedosa forma de dar tanto los personajes como el ambiente. Las emociones parecen surgir de un estado de ensoñación. Todo lo que acontece está envuelto en una penumbra o vaguedad que deslumbra por las sugerencias.

Se sobrepone a muchas novelistas ya mencionadas la poetisa Chela Reyes con *Puertas Verdes y Caminos Blancos*, 1939, narración que conquista elogiosos comentarios y el Premio *Atenea* de la Universidad de Concepción. La prosa es poemática, ágil, fluida, moderna. La intriga se desenvuelve llena de interés, sin aspavientos dramáticos. En el mismo tono armonioso publica *Tía Eulalia*, 1951, de escenas bien construidas, de figuras sobriamente dibujadas.

Sin mayor repercusión circuló en 1940 *Bajo el Cielo y Sobre el Mar*, por Lidia Boza. Carmen de Alonso pinta tipos y escenas con disciplinado realismo en *Anclas en la Ciudad*, 1941, donde hay sensación de vida, observaciones agudas, subjetivismo que despierta el interés por el relato.

Entre las escritoras para niños Esther Cosani se ha ganado un prestigio merecido, tanto por sus colecciones de cuentos como por su novela *Las Desventuras de Andrajo*, 1942. Con sencillez y amenidad capta la atención de los niños.

El argumento de *Amaneció...* (1943), por Jimena del Valle es vulgar, los detalles observados o los estados anímicos superficiales.

Otra de las autoras que han escrito especialmente para los niños es Blanca Santa Cruz Ossa, más popular como Mamá Chayo. Sus novelas históricas *Orejones y Viracochas*, 1943, y *Sangre y Ceniza*, 1946, satisfacen la curiosidad juvenil tanto por la sencillez de la prosa como por la agilidad con que transcurren los episodios. En el primero vemos actuar a Diego de Almagro como Conquistador del Reino de los Incas y luego como descubridor de Chile. En el segundo libro aparece Pedro de Valdivia, figura inolvidable de la Conquista de Chile, que revive humanamente gracias a la pericia de la autora.

Carece de destreza literaria tanto para pintar el escenario como para humanizar los protagonistas doña Berta Silva en su novela *Antiray o "En el Corazón de Arauco"*, 1944. En cambio la poetisa Mila Oyarzún escribe donairosamente su *Cartas a una Sombra*, 1944, donde el amor se deja sentir a través de dos personajes descritos vagamente. Es una obra subjetiva escrita con lirismo y delicadeza.

*Cuando el Agua es Clara*, 1944, por María de Clares, nos da amablemente los estados emocionales de varios protagonistas, destacándose especialmente el idilio de dos jóvenes. Es el amor sin artificio como el agua clara. Los estados de alma están esbozados sin afectación.

Dinka Villarroel, autora de dos libros de versos y de dos obras teatrales, se dio a conocer como novelista en 1944 con *Norte Adentro*, donde describe la región de San Pedro de Atacama. Tiene la oportunidad de lucir su facilidad de narradora al hacer actuar con realismo a los protagonistas y al interpretar con agudeza las costumbres

de la zona nortina. La intriga está vitalizada por un certero clima humano.

Gema de Tharsis, seudónimo de Marta Goycolea, nos da a conocer en *Guanabara*, 1945, 2ª ed., 1947, el ambiente de la vida estudiantil de una ciudad brasileña. Una colegiala se enamora de un escultor. Pinta con delicadeza el proceso sentimental de un amor que comienza con ilusiones y concluye en la pesadumbre y el desaliento por haberlo perdido. El libro está escrito con pulcritud y gracia literaria. El análisis psicológico está trazado con penetrante hondura.

Varios años después de publicar dos volúmenes de cuentos Maïté Allamand lanzó al público *Renovales*, 1946, novela que sorprendió a la crítica y a los lectores por el lirismo, fuerza y sugerencia de su prosa. El campo y los pobladores encuentran una intérprete brillante. Sobresale una campesina que es un símbolo del esfuerzo y de la esperanza que abriga la mujer que vive en el campo. En 1950 da a los niños *Alamito el Largo*, narración entretenida y agradable.

Las cuatro novelas publicadas por María Carolina Geel, seudónimo de Georgina Silva Jiménez, le han dado un prestigio merecido. *El Mundo Dormido de Yenia*, 1946; *Extraño Estío*, 1947; *Soñaba y Amaba el Adolescente Perces*, 1949, 2ª ed., 1956, y el *El Pequeño Arquitecto*, 1956, han recibido el elogio de los críticos y de los comentaristas literarios. La autora ha sido considerada como una novelista sobresaliente por su capacidad creadora.

Marcela Paz, seudónimo de Ester Huneus de Claro, se dio a conocer primero como cuentista con dos obras que merecieron el aplauso de la crítica. Luego vino una novela escrita para la juventud *Papelucho*, 1947, 5ª ed., 1957, que ha sido el éxito y la popularidad de la autora. Las peripecias que le ocurren a este simpático personaje están contadas con humor y gracia. Hay cuatro títulos más en que continúan las aventuras y bromas de este niño que conquista la simpatía de todos los lectores: *Papelucho casi Huérfano*, 1951; *Papelucho Historiador*, 1955; *Papelucho Detective*, 1957; y *Papelucho en la Clínica*, 1959. Marcela Paz es autora además de *La Vuelta de Sebastián*, 1950, y de *A Pesar de mi Tía*, 1958, en que figura como protagonista principal una muchacha. Ambas novelas están escritas con agilidad estilística y disciplinada destreza técnica.

Es muy popular entre los niños el seudónimo Damita Duende por sus numerosos libros de cuentos escritos especialmente para ellos. En 1957 aparece su novela *Boomerang*, subscribiéndola con su propio nombre Henriette Morvan. Narra las aventuras de un hombre a través de los mares, las andanzas por puertos e islas inexploradas, y

cómo "boomerang", el arma australiana vuelve al lugar de partida cuando no da en el blanco. Caracteriza a la narradora una brillante imaginación, sensibilidad literaria y espíritu moderno.

Marina Cisternas que vive en los Estados Unidos, se dio a conocer como novelista con *Andina*, 1949, donde retrata aspectos de la vida social chilena, sobre todo los convencionalismos que amargan la existencia de un joven compositor y de una muchacha aristócrata. Es autora de dos obras que no conocemos: *Para ellos no hay Mañana*, y *Cuentos de Ayer*.

*El Fin de un Pensamiento*, 1949, por Alicia Rodríguez Gazmuri, es una obra trivial, escrita con flojedad, sin gusto literario.

Olga Lolos Nazralla hizo circular su novela *Cuando Muere el Plenilunio*, 1949, sin mayores ambiciones literarias. Sin embargo, posee características de buen gusto. Su prosa es hasta cierto punto lírica, las escenas están hilvanadas con esmero, los protagonistas aunque retratados vagamente surgen subjetivamente reales.

Una nueva poetisa se da a conocer como prosista, Gladys Thein, seudónimo de Tegualda Pino, que sorprendió a la crítica con su atractiva novela *La Mitad de la Vida*, 1949, por el penetrante análisis psicológico de la niñez y la adolescencia. Es digna de encomio. Los protagonistas son niños de la clase media. Describe con claridad y emoción los problemas del medio social. La prosa de la poetisa es fina, liviana. Está escrita en primera persona, a veces da la impresión de tener carácter autobiográfico. Hay tantos recuerdos, pormenores caseros, y narrados con minuciosidad, que parecen corresponder a "la mitad de la vida" de la propia autora.

María Elena Aldunate sin haber publicado libros de poesía aparece como una fina poetisa en sus dos novelas: *Candia*, 1950 y *María y el Mar*, 1953. *Candia*, protagonista principal, es de un espíritu soñador, de una sensibilidad extraña, feliz al contacto de la naturaleza, vibrante; sirve de modelo a Mauricio, un pintor que termina por enamorarse de ella, que es a la vez un silencioso y un apasionado que descarga su frenesí sobre la tela. Luego se ve a Casandra, una gata que acompaña a la muchacha en su buhardilla. *María y el Mar*, escrita con más equilibrio artístico, nos presenta una mujer que vive las sensaciones instintivas de la gravidez, y sugiere la relación cósmica que existe con el ritmo de las olas del mar. Es una obra sugerente por lo poética y por el dramatismo temperamental.

Con prólogo de Gregorio Marañón, publica Matilde Ladrón de Guevara su novela *Mi Patria fue su Música*, 1953. Es una larga narración donde se puede advertir el espíritu selecto de la autora, y

al mismo tiempo la profundidad con que analiza los vaivenes emocionales tanto del hombre como de la mujer en relación con el amor. El prologuista dice: "Esta gran novela dramática... es en realidad un vasto poema".

*La Aldea sin Luz*, 1954, por Rosa María Felere, mereció el primer premio en un Concurso Nacional organizado por el Pen Club. En ella se narra la vida de un villorrio. Hombres y mujeres con sus bondades y pequeñeces forman la trama de la narración. El realismo con que escribe es certero.

Dos libros de cuentos dieron a Luz de Viana un destacado sitio entre los prosistas chilenos. El seudónimo corresponde a Marta Villanueva. En 1954 edita la novela *El Licenciado Jacobo*, que pone de manifiesto nuevamente sus condiciones de creadora. Unos cuantos protagonistas, enfocados vagamente, discurren y viven en una aldea; entre ellos se destaca Jacobo, desde luego, que es médico, después José y su hermana Anabella, Cirilo. Llaman la atención su espontánea sutileza para delinear las escenas, su delicada fantasía para personificar los personajes. Hay misterio y poesía.

*La Heredad*, 1954, por Marta Elba Miranda, nos muestra la vida del valle de Elqui, alegrías y sinsabores, satisfacciones y angustias de los habitantes. Esboza escenas costumbristas, la ociosidad de algunos hombres, y describe con prolijidad el viril esfuerzo de algunas mujeres, sobresaliendo Roselia y Oriza. La prosa es ágil, liviana, de buen gusto. El desarrollo de la intriga está hecho con seguridad.

Publica en Buenos Aires Adelina Casanova su novela *Vida Nueva*, 1957, que a pesar de ser la primera obra es una buena demostración de los gustos y dones literarios de la autora. De la impresión de contener aspectos vividos por la naturalidad con que describe el viaje por el Atlántico, y el esmero y realismo con que ubica a los personajes ya en Nápoles, Roma o Nueva York. La narración es atractiva, sea por los escenarios o por el realismo en que se mueven los protagonistas.

Luisa Wilson, prologada por el escritor colombiano Benigno Acosta Polo, se da a conocer como novelista con *Ximena*, 1958, demostrando gran capacidad psicológica al personificar cuatro tipos sentimentales: Ximena, Osvaldo Estrada, Marcela y Lina. El drama pasional de *Ximena* se dibuja con acierto, la figura de Osvaldo como amante se traza con agudeza. Es una obra que despierta el interés del lector tanto por la sucesión de las escenas como por la pulcritud de la prosa.

Daniel Belmar prologa la primera novela de Gloria Montaldo titulada *De Otra Arcilla*, 1960, que bien puede considerarse como una

de las mejores escritas por una narradora chilena. Los medios utilizados son sencillos, sin rebuscamientos, más visible es su espontaneidad para darnos las figuras provincianas que viven una existencia opaca, con mezquindades, pequeñeces y pasiones sin violencia. La autora es profesora y narra lo que ha observado ya en el ambiente estudiantil como en el medio social del pueblo. Es una obra lograda tanto por la calidad literaria como por su estructura y sentido humano.